

Leyendo a Unamuno

I

En tu angustia forjaste, a tu albedrío,
el Cristo personal, y trino y uno,
y afirmaste después, terco Unamuno,
“tú me has hecho encontrarme, Cristo mío”.

Ansioso Cristo, por tu amor labrado,
rumbo certero a tu segura estrella;
la dramática fe de tu querella
es lo que en tal pasión te ha sublimado.

Tormentoso poeta, alma encendida,
-“con cantos a la muerte henchir la vida” -
aún prosigues tozudo y quijotesco.

Y esta noche estrellada te convoco;
¡quién tuviera tu fiebre, íbero loco,
que hambre de eternidad también padezco!

II

Y siendo así, ¿por qué tan agonioso
me siento por las horas derrotado?

Si me quema la estrella en el costado,
¿por qué temo la noche del reposo?

Y me siento quebrado en el combate,
y me duelen los pasos del otoño,
y no me alienta el inmortal retoño
que en cada cosa, melodioso, late.

¡Quién tuviera tu fe, recia y ansiosa,
tu insomne herida, tu pasión gloriosa,
el vuelo redentor que alza tu mano!

¡Pensar que cuando muera estará muerto
el mundo todo; y mi pensar, desierto;
y el amor, y el dolor, y el sueño vano!

III

Yo quisiera ser yo -tallo vehemente
Como el gran don Miguel apetecía;
quiero quemarme en alta rebeldía
por no poder vivir eternamente.

¡Oh, si fuera verdad lo que anhelamos,
lo que nos dijo nuestra madre un día,
llenándonos el tiempo de poesías,
de esperanza eternal, que no alcanzamos.

La ciencia positiva ha desmentido
dulces creencias que nos han nutrido,
al hablarnos con lengua descarnada.

¡Quién pudiera ser niño nuevamente,
y creer, y crear, sencillamente,
el vuelo eterno, y trascender la nada!